

Acerca del Liderazgo Orientado al Servicio

Por Lucio Capalbo

La palabra liderazgo, en su acepción convencional, nos remite a la imagen de un individuo, único de su categoría –una persona en un grupo, una organización en el medio social, una nación en el mundo- que ejerce su dominio con autoridad y poder, imponiendo su visión, marcando tendencias, motivado por su propio beneficio o, en el mejor de los casos, por lo que él cree que es el beneficio de los demás.

No es este el significado que cobra el concepto en los programas de UNIDA. Se trata de un nuevo liderazgo, con base moral, centrado en valores, que por naturaleza promueve su propia socialización, su distribución en el conjunto. Aunque admite, en un inicio, una concentración de capacidades en uno de los miembros del sistema, este actuará tan solo (y nada menos que) como facilitador de un proceso que lleva, necesariamente, a la apropiación de estas capacidades por parte del colectivo.

A diferencia del liderazgo en su sentido arcaico, este liderazgo, no necesita del desnivel entre líder y liderado para existir, pues su esencia no es la competencia, sino la cooperación. Acepta las diferencias, la diversidad, y aún más, se enriquece gracias a ellas, pero estas diferencias jamás darán lugar a la aparición de rangos o jerarquías personales.

Es un liderazgo orientado al servicio, y quienes lo vivencian, como el océano, se engrandecen silenciosamente por estar más abajo que el resto de las aguas.

Los colectivos humanos que experimentan este liderazgo distribuido y participativo, desarrollan armónicamente las potencialidades de todos sus miembros, desdibujando todo resabio de autoritarismo, paternalismo, tecnocracia o manipulación.

Este liderazgo sin líderes es, en definitiva, un liderazgo comunitario, orientado a la emergencia del ser organizacional, esa entidad sutil que es, desde una perspectiva sistémica u holística, más que la suma de las partes constitutivas. Y es en aras de ese ser organizacional que las personas sacrifican su ego, y se brindan con confianza, devoción y desprendimiento a una causa que, paradójicamente no hacen suya, por inscribirse en el vasto programa evolutivo de la humanidad.

Implica también una profunda resignificación de las relaciones humanas, las que a través de él dejan de estar signadas por el desequilibrio y la dominación, para pasar a convertirse en relaciones de reciprocidad, cooperación y servicio.

Este liderazgo transustancia, en definitiva, el concepto de poder. Ya no se trata del poder obsoleto, tribal y partidista que se ejerce en beneficio propio o de la propia parte, si no de un poder sobre uno mismo y junto con otros.

Aparecen así las dos caras indisolubles de un mismo proceso, la transformación individual y transformación colectiva, unidas en relación de recursividad, sin que ninguna de ellas pueda pretender preceder a la otra, a pesar de que la lógica lineal promovida por el viejo paradigma nos tienta a priorizar una u otra...

Los valores que orientan tanto este cambio personal como comunitario, son valores que hoy emergen por doquier en las mentes y corazones de los miembros de la humanidad.

Al decir de los sabios reunidos en Budapest y su “Manifiesto”, se trata del “Espíritu de la Conciencia Planetaria”. (1)

Entre estos valores, si uno ha de destacarse, es el supremo valor de la unidad. Mas la unidad sólo brilla sobre el trasfondo de la diversidad, sin esta se empobrece y degrada convirtiéndose en uniformidad.

Esta unidad en diversidad requiere del absoluto e incondicional reconocimiento de la unidad esencial del género humano, de que todas las mujeres y hombres somos miembros de una sola familia y gotas de un mismo océano, y requiere también del absoluto e incondicional respeto –aún mas, atracción- por la diversidad, en todas sus formas.

Y es por esta atracción hacia la diversidad que es este un liderazgo para los derechos humanos. Y es por que se expande desde un sinnúmero de centros de nucleamiento, microespacios comunitarios, sin otra frontera que las del planeta mismo, que es un liderazgo para la ciudadanía mundial.

Hoy, miríadas de organizaciones de voluntariado, sin ánimo de lucro, y más aún, no atravesadas por la racionalidad instrumental, si no orientadas al servicio y a la promoción de estos valores, se mueven intuitivamente en la dirección correcta. Aún sin saberlo y desde su identidad profunda, dan expresión orgánica a esta conciencia planetaria, vivencian a través de un renovado espectro de relaciones humanas, este liderazgo participativo.

A diferencia de las comunidades arcaicas, en las que el universo coincide con sus propios límites, las nuevas organizaciones se reconocen como miembros diversos de un mismo programa evolucionario universal.

En su conjunto conforman un vasto sistema mundial, vinculado por lazos suaves, y con aún poca visibilidad para el ojo superficial. Pero para la mirada profunda, aquella que descubre la sinergia y anticipa desarrollos, constituye un mundo pleno de sentido, que se abre paso ayudado por el acelerado desmoronamiento de las gigantescas estructuras del viejo orden.

Este liderazgo orientado al servicio, participativo, y sobre todo consultivo, ya anima a miles y miles de organizaciones comunitarias. Su desafío inminente es encontrar expresión interinstitucional, local, mesosocial, para finalmente dar a luz un sistema de articulación local-mundial, caracterizado por un inédito universo de instituciones no partidistas.

En su máxima y final expresión, sus límites coincidirán con los de la humanidad toda, que trascendiéndose a sí misma, ingresará en su plenitud, en aquella edad que podría definirse como la era, ya no de los individuos, si no de las comunidades, cuyo ser se nutre de la diversidad y se interconecta con los otros seres organizacionales en una luminosa red que abarca el planeta entero.

Aquel tiempo soñado por visionarios y profetas, en que la historia será escrita, sin excepción y para siempre, por todos cuantos habitamos en la Tierra.

(1) Manifiesto sobre el Espíritu de la Conciencia Planetaria. Edgar Morin y otros. Budapest 1994